

Y él también, cuyo nombre se leía entonces en la primera plana de todos los periódicos, el vencedor en la jornada, el elegido de millares de hombres, el tribuno que hacía fruncir el ceño al Ministro de lo Interior y poner zozobra y alarma en la frente y en el ánimo de los personajes de las Tullerías; él también se decía que no era el Egmond obligado á observarse sin cesar, triste, siniestro, taciturno, «mientras el mundo le consideraba como libre y feliz.»

Y Lia le miraba con sus grandes y dulces ojos, en los que Miguel Berthier podía leer también las palabras de Clara:

«—¿Qué me importa morir? ¿Tiene el mundo alegrías y dulzuras que puedan compararse con éstas?»

## V.

Miguel Berthier, cuando hacía sus primeros ensayos en el foro y publicaba estudios de crítica y versos en los periódicos del barrio latino, como *La Joven Francia*, vivía en la plaza de la Sorbona, en el segundo piso de un hotel de estudiantes.

La habitación del conserje solía estar ocupada

por la administración del hotel, y antes del entre-suelo, en una especie de nicho abierto en la medianería de la casa, que formaba la puerta de una habitación interior muy *confortable*, habitaban los propietarios del hotel, señor y señora Hermann.

El principal ornamento de la habitación de los esposos Hermann era un cuadro de madera con ganchos numerados, de los que pendían las llaves de los cuartos de la casa: cada inquilino, cuando salía, colgaba allí su llave, la cual volvía á coger, cuando entraba, de las manos arrugadas de la señora Hermann, quien añadía siempre alguna sonrisa amable que le hacía arrugar la boca bajo una nariz hebraica semejante al hocico de su perro.

Su marido Hermann, á quien llamaban «el Padre Hermann», era de más edad, aunque más bello, representando con sus cabellos blancos y su barba gris á un profeta bíblico vestido con nuestro desgarbado traje moderno.

Los dos eran judíos, y Miguel Berthier pudo ver algunas veces en aquella habitación, cuando subía á la suya, varios tipos israelitas, sórdidos, de encrespados cabellos y labios gruesos, que se parecían á los árabes desfigurados por la vida europea: eran parientes ó amigos de los Hermann, que se reunían allí para celebrar cualquiera fiesta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA DE LA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

para recitar las plegarias de la Pascua y gritar después:—¡ El año próximo venidero, en Jerusalén !

Miguel tuvo curiosidad por asistir á tales fiestas, y cierto día vió al lado de Hermann una muchacha morena y graciosa que, cuando él se acercó, levantóse á una señal del viejo y entregó al inquilino la llave de su cuarto, que descolgó de la tabla numerada, diciéndole:

—¿Es ésta, caballero?

Miguel quedó un instante enfrente de la joven, mudo, asombrado, estupefacto, y la contempló como si contemplase un bello cuadro.

—Sí, esa es mi llave —dijo por fin.— Gracias, señorita.

Y al tomar la llave rozó con sus dedos la mano de la muchacha, quien saludó afable y fué á ocupar un asiento al lado de la señora Hermann.

—¿Quién será esta niña?—se preguntó Miguel mientras subía á su cuarto, y seducido por aquella aparición.

Era la hija de los Hermann, que había vivido en un pueblo de las inmediaciones de Metz y en casa de una tía suya por consejo de los médicos, regresando de aquel hermoso país de Lorena completamente curada, con las caricias del sol, de la dolencia que había sufrido.

Lo que más interesó á Berthier fué la mezcla de gracia y majestad que encontraba en la muchacha, parecida á la vez, en sus bellos diez y nueve años, á una *transiberina* y á una *miss*.

Miguel no había amado hasta entonces, porque sus fáciles conquistas de estudiante le produjeron amargo desaliento, y aquella niña iba á ser el primer amor verdadero del joven.

La simpatía se engendra pronto en ciertos seres que pertenecen de algún modo á la misma raza, y el amor entró en el corazón de Lía á la par que se infiltraba en el de Miguel.

Si la muchacha parecía á Miguel seductora, Lía consideraba al joven como encarnación de la elegancia, de la belleza varonil, de la inteligencia superior, de todo lo que puede agrandar á una mujer.

Pero Lía se confesaba que era una locura pensar en Miguel, ella, pobre muchacha, y él todo un caballero..... que sin duda era rico y llamado á más altos destinos.

¿Podía pensar en casarse con Berthier? Evidentemente no: lo mejor era, por lo tanto, echar á vuelo sus ensueños de amor y no volver á pensar en aquel hombre nunca, nunca.....

Ella sufría, no obstante, desde aquel encuentro,

y deploraba haberse ausentado del pueblecito lorenés, y echaba de menos las verdes colinas, los viñedos, los muros blancos y los tejados rojos, las orillas del Mosela, en las que respiraba sin angustia y vivía sin ilusiones.

Su madre, al verla palidecer poco á poco y, como en otro tiempo, estar pensativa y triste, había dicho al viejo Hermann:

—París la mata..... En la primavera próxima la enviaremos otra vez á la aldea.

La primavera llegó, y Lía no estaba ya en casa de sus padres: se había rendido, rendido con la embriaguez de los que arriesgan su vida por demostrar que aman; había seguido á Miguel Berthier, que, ciego de amor, la robó, la llevó á otra casa, la hizo su querida, y tal vez entonces se dijera:

—¿Por qué no he de hacerla mi mujer?

Cuando el viejo Hermann recibió una carta en que Lía imploraba su perdón, dijo á su mujer:

—¡Oh Sara! Ya podemos vender este hotel y retirarnos. ¿Para qué ganar más dinero, si ya no tenemos hija?

—¿Y si Lía vuelve?—preguntó la madre.

—Si Lía vuelve.....—contestó el anciano dulcemente;—yo sé que hay padres que perdonan, y

otros que consienten en vivir deshonrados; pero, ya sabes, Sara, que soy un bestia, algo feroz tal vez, y no quiero volver á verla..... porque si la viese delante de mí, ¡palabra de honor! la mataría.....

—¿Pero sabes lo que te dices?—interrumpió la madre.—Si Lía volviese, tú la recibirías y serías dichoso.

Cuanto á Lía, después de haber escrito varias cartas que no obtuvieron respuesta, para consolarse, para sofocar sus remordimientos, para olvidar el hogar abandonado, tenía el amor de Miguel.

Al lado de éste la hermosa niña sentíase renacer y engrandecerse: quería que la educase, la instruyese, la enseñara todo lo que ella ignoraba.

—Será un poco largo—añadía;—pero ¡tenemos tanto tiempo delante de nosotros, viviendo juntos uno al lado de otro!

Y sin embargo, á medida que los años pasaban y la situación de Miguel se elevaba, Lía aceptó el papel obscuro de la mujer que se sacrifica y permanece en la sombra, sumisa, ignorada, como una esclava.

No quería nada de la vida de su amado, ni su nombre, ni su reputación; olvidaba sus ensueños de otras veces y hasta sus recuerdos como una

tentación que se combate; no pensaba en el porvenir, porque tenía plena confianza en Miguel, como en el honor más puro y fuerte.

Solía decirle:

—¡Nos amaremos toda la vida!

Y deseaba que él añadiese siempre:

—¡Y después de la vida!

—¡Y después de la vida!—respondía entonces sonriendo Miguel, añadiendo alguna vez:—¡La eternidad, querida Lía! Pero ¿no crees que eso pueda parecer un poco largo?

—¡Malo!—replicaba ella algo triste, aunque siempre confiada.

## VI.

La mañana en que Miguel Berthier, elegido el día anterior, pensaba ir al campo con Lía, dirigiéronse los dos, antes de salir de París, á la casa de la avenida Trudaine; y Miguel, que tenía prisa por marchar, leyó rápidamente algunas cartas y miró al montón de tarjetas para él que estaban depositadas en el cuarto del portero.

Aquello era un concierto de felicitaciones, un desfile de pretendientes; reaparecían después de

muchos años viejos camaradas de colegio para escribir ¡Bravo! en un ángulo de la cartulina; personajes importantes le habían dejado sus tarjetas dobladas; antiguos amigos le felicitaban en forma no tan austera como la de los cumplidos semi-oficiales, y hasta varios le pedían ya un despacho de tabaco.....

—¡Cuántas tarjetas, Dios mío, cuántas tarjetas!—exclamaba Lía amontonándolas en una copa de porcelana del Japón.—¡Ay, Miguel! Espero que serás querido!

—Si la décima parte de esas felicitaciones fuese expresión de sinceridad—respondió Berthier—ya lo sería mucho. Vamos, vamos pronto, porque tengo miedo de los importunos, y milagro será que no encontremos dos ó tres subiendo la escalera.

Experimentó doble bienestar moral y físico al asomar la cabeza por la ventanilla del vagón, al sentir, cuando pasaba por la línea de fortificaciones, que iba á estar realmente libre por espacio de algunas horas. Después de la inmensa alegría del triunfo, el deleite de olvidar que había triunfado.

Pasaron en Raincy, casi desierto los días de trabajo, dulces horas de descanso, y la pobre Lía

experimentaba el placer sin límites de estar en libertad, fuera de su linda prisión del boulevard Clichy.

Marchaba alegre delante de Miguel, arrastrando por el camino su blanca enagua que recogía las pequeñas ramas caídas y tallos de hierba; algunas veces se volvía y contemplaba sonriendo á Berthier; el sol se filtraba por la sonrosada sombrilla que la muchacha hacía dar vueltas sobre su cabeza, como si sus rayos esplendentes quisieran besarla en la frente y teñirla de púrpura.

Corría, miraba las casas, las quintas, los bosquesillos, y decía riendo con la ingenua jovialidad de una niña:

—¡Gallinas! ¡mira, gallinas! ¡Qué hermoso es todo esto! Y también hay pollos; ¿ves, Miguel? parecen lindas bolitas que andan.

Cuando pasaban por una calle umbrosa, él sacudía con su bastón las ramas de las acacias en flor, y ella levantaba la cabeza para recibir en el rostro la lluvia de aromas que caía.

Sentados luego muy juntos, cogidas las manos, bajo la influencia del bello sol de Mayo, aspirando el aire tibio y perfumado, Lía exclamaba gozosa:

—¡Qué dicha, Miguel, qué dicha! Te amo, y mi corazón sonrío de placer.

Por la tarde volvieron á subir en el vagón, tristes por volver á París, y apenas se habían instalado, cuando dos hombres, de aspecto de *bourgeois*, subieron al mismo coche y tomaron asiento al lado de Lía y Miguel.

A poco rato uno de aquellos viajeros pronunció el nombre de Berthier, y éste oprimió suavemente un pié de Lía para advertirla de que no se moviese.

—¿Luego habéis votado por él?—dijo el otro viajero.

—Sí.

—Pues yo no: he votado por Brot-Lechesne, que es uno de los nuestros, un hombre de casa abierta, un buen industrial, casado, padre de familia, respetable y respetado; mientras que esos leguleyos son como los periodistas: ¡no se sabe cómo viven! ¡siempre tienen algo de misterioso!

Miguel se preguntaba si aquellos hombres le habrían reconocido, y si debería en tal caso tomar parte en su conversacion; pero ni siquiera le habían mirado, y además, ¿qué podría hacer en presencia de Lía?

Una pregunta, sin embargo, le chocó poderosamente:

—¿Está casado Mr. Berthier?—dijo un viajero á otro.

—No.

—Pues ¿cómo vive?

—Muy honradamente. Quizás tenga en su vida íntima alguna *anécdota*; pero ¿quién no la tiene?

—Un hombre público no debe tenerla—replicó el severo elector de Brot-Lechesne.—Nosotros no estamos en igual caso, porque nuestra vida privada á nadie importa y podemos hacer lo que queremos; pero ¿aspiramos acaso á ser elegidos diputados?

El tono sentencioso de aquel hombre recordó á Miguel Berthier el consejo severo de Pedro Menard: miró instintivamente á Lía, y habríase podido ver, si la luz hubiese ayudado, que el rostro de la niña se cubría súbitamente de mortal palidez.

Al llegar á París, ella se cogió del brazo de Miguel con la energía que debe tener un hombre que se ahoga al agarrarse á un cable salvador, y le dijo en voz breve, ya fuera de la estación:

—¿Has oído lo que decían esos hombres?

—Sí.

—¿Te ha causado pena?

—No—respondió él con extraño acento.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó Lía con voz de llanto.—¡Cuánto daño hacen los estúpidos sin saberlo!

—Es que los estúpidos, niña mía—contestó Miguel—constituyen el número y la fuerza, y conviene tal vez no despreciarlos.

Lía le miró bruscamente.

—¿Qué quieres decir?

—Nada.

—¡Esa palabra es terrible! *Nada* oculta siempre algo triste. ¿Es que dejarás de amarme?

—¡Loca! ¡eres loca!—dijo Miguel.—Ya sabes nuestro convenio: ¡Siempre!

—¿Siempre?

—¡Y más allá todavía!

La muchacha lanzó un grito de alegría, llena de confianza, y mientras ambos caminaban por las oscuras calles del *boulevard Clichy*, el nuevo diputado comparaba las advertencias de Menard con las frases de los dos desconocidos, y deducía que la razón y la necesidad estaban en ellos demostrando que aquella Lía á quien amaba podría ser obstáculo.....

—¿Un obstáculo?—murmuraba mirándola.

Y pensaba en que una débil criatura, una niña tan linda, tan dulce, tan buena, no podía ser ja-

más un obstáculo: cuando él quisiera desataría, y pronto, la cadena de flores.....

—Lo cierto es—concluyó mentalmente—que la novela de mi juventud ha muerto, y nadie, nadie me impedirá ir por el camino recto á mis propósitos. ¡No, nadie!

Y maquinalmente oprimía con su brazo el lindo brazo casi desnudo de su querida.

Pero en su pensamiento resonaban sin cesar, como doble amenaza, dos voces distintas: la de Pedro Menard y la de aquel viajero que encontró por casualidad, aquel anónimo desaparecido entre la muchedumbre; y las dos voces le decían:

—¡Guárdate de los juicios de la multitud! ¡guárdate especialmente si la has pedido sus favores!

Como el día anterior se había hastiado de la lucha, Miguel se había cansado del reposo, del idilio perfumado y dulce que desapareció de la mañana á la noche; y al regresar á París y aspirar su atmósfera saturada de acres olores, de excitación á la lucha, como el soldado que oye los sonidos del clarín del combate, decíase en voz baja: «¡A las armas! ¡á las armas!»

—Adiós—dijo á Lía dejándola en el vestíbulo de la casa del boulevard Clichy.

—¿Me dejas sola?

—Sí. Desde mañana, tú lo sabes, la vida vuelve á recobrar sus exigencias. Ya te lo he dicho repetidas veces, querida niña; no me pertenezco.

—Es verdad—contestó Lía—y no me pertenezco más, bien lo adivino..... Vamos, tú, á tu vida, á tu trabajo; yo, á mi rincón, á mi rinconcito..... Pero cuando busques su consuelo, ya sabes dónde le hallarás, Miguel, porque te guardo un corazón que es todo tuyo..... el de una mujer que morirá el día en que no la ames.

—¡Morir!—se dijo Berthier al entrar en su casa de la avenida Trudaine.—¡Bah, bah! se puede vivir de amor..... alguna vez; pero morir, ¡jamás!

## VII.

Miguel Berthier, en los días que siguieron á su triunfo electoral, fué el *lion* de París.

Los fotógrafos solicitaban del diputado el favor de una visita, cinco minutos de su tiempo, «un relámpago, un segundo, lo puramente necesario para sacar un nuevo *cliché*», porque «América (de-

ción) nos pedirá retratos por gruesas»; un *reporter* había ido á la casa de la avenida Trudaine para contar los volúmenes que tenía la biblioteca de Berthier, y recogió del suelo un pedazo de papel arrugado para dar en su periódico el facsímile de un autógrafo del personaje en boga; biógrafos entraron allí de varias clases, desde el que desea obtener detalles precisos, auténticos é inéditos, hasta el que, después de tomar los apuntes, pedía prestados en guisa de epilogo veinte francos.

Las invitaciones caían como lluvia en la casa, y el nuevo diputado no podía dar un paso, entrar en un teatro, pasear por el Bosque, etc., sin que los cronistas de la grande y pequeña prensa periódica señalasen su presencia en todas las partes donde se encontraba, y también en las que no había puesto los pies.

—En lo sucesivo—le dijo un día Pedro Menard—vais á vivir en una casa de cristal.

Miguel conocía perfectamente que Menard decía la verdad cuando el viejo republicano, austero y altivo, le aconsejaba que cumplierse sus deberes para con la mujer que en la vida pública de un hombre de Estado podía ser un peligro.

Encontrábase Berthier delante de este rudo problema: ó su querida era indigna de él, y enton-

ces debía abandonarla sin vacilar, ó merecía toda su estimación, como ya tenía su cariño, y en tal caso debía casarse con ella.

—Sí, casarme con Lía—se repetía Berthier.

Esta última solución la consideraba como franca y sencilla, aunque hasta entonces no se había presentado seriamente al examen de Miguel; porque la verdad es que él no acarició jamás, antes de ser elegido, ni la idea del matrimonio ni el propósito de la separación: se dejaba vivir como se dejaba amar.

—¡Bah!—concluyó por decir.—Ya veremos más adelante.

Acordóse también de que una noche, en momentos de vaga tristeza, como preguntase á Lía que á dónde les conduciría su amor, ella le respondió:

—¿Qué importa eso, Miguel? Nos ha conducido, por de pronto, á donde estamos, es decir, á la alegría para mí, que no vivo sino para amarte.... Dejemos deslizarse los días, sin querer indagar el porvenir. Somos jóvenes, y me amarás mientras no tenga arrugas, ¿no es verdad? Pues bien; me amarás siempre, porque espero morir antes de tener un cabello blanco. ¡Eso es!

Miguel, por último, se decidió á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
5  
"ALFONSO REYES"  
INDO. 1625 MONTERREY, MEXICO



lución del problema íntimo de su vida á la clase de las que entre los prácticos alemanes se llaman *cantidades despreciables*.....

Y en seguida se dedicó afanosamente, con áspera voluntad de acción, á preparar su campaña política en la legislatura que debía comenzar á principios de Noviembre.

¡Ah! quería presentar á la Cámara, en una serie de hechos agrupados no sin violencia, el cuadro general del rebajamiento interior y exterior del país bajo el régimen personal: el asunto era muy vasto, y podía suministrarle un *maiden spech*, como dicen los ingleses, un discurso magistral y brillante.

Los amigos de Pedro Menard hablaban de antemano del próximo *debut* parlamentario de Miguel, un *debut* enérgico, viril, audacísimo, entusiasta; y en el gabinete del nuevo diputado, en una mesa colocada cerca de la mesa del despacho, estaban amontonados muchos folletos multicolores, que contenían todo lo que se había publicado en Francia y en el extranjero acerca de las grandes cuestiones de Alemania, de Méjico, de la expedición á China, del régimen dictatorial.....

Leía, estudiaba, tomaba notas; engolfábase en aquella oleada de folletos, en aquel piélagos de pa-

peles, documentos acusadores, noticias y cifras estadísticas que le producían vértigos.

—¡Qué hermoso ensueño!—solía exclamar.—

¡Defender la libertad y salvar á la patria!

Su cabeza ardía; creeríase que iba á estallar.

Disfrutaba alguna vez de grato esparcimiento, en dulce coloquio con la pobre Lía, que le hallaba sobreexcitado, nervioso, ardiente, y le decía:

—¡Oh Miguel! ¿qué necesidad tienes de trabajar con tanto ahinco, tú que eres elocuente, que sabes encontrar súbitamente la palabra que encanta á una mujer y el apóstrofe que arrastra á las masas populares?

Una mañana halló entre su correspondencia un pedazo de cartulina que, bajo un grabado arcaico muy bello, tenía escritas estas palabras: *Banquete de los Doce*.

—¡Pues no me acordaba de eso!—exclamó Berthier leyendo la inscripción.

Era uno de esos banquetes periódicos en donde se reúnen y fraternizan políticos y bolsistas, literatos y pintores, aristócratas y hombres del pueblo, y que reemplazan perfectamente á los salones en que no se logra entrar y al *foyer* cerrado para unos y abandonado por otros.

—El *Banquete de los Doce*.....

—Pues claro: es el último miércoles del mes—  
dijo Lía—y hoy es miércoles.

Y arrollaba con sus lindos dedos el pedazo de cartulina.

—¿Irás, Miguel?

—¡Dios me libre!

—Pues mal hecho: eso te distraería, y además,  
á los postres, apuesto á que se te dedica un *toast*....  
Ya me contarás todo.

—¿Un *toast*?

—¿Por qué no?

Miguel pensaba en que, después de los halagos  
de la popularidad, no le desagradaría recibir los  
homenajes de sus compañeros de juventud.

—¿Irás?

—Iré.

—Pues no me llames egoísta si luego tomo  
para mí todo ese tiempo que ahora doy á tus  
amigos.

### VIII.

Lo que más lisonjeaba á Berthier, mientras se  
dirigía á casa de Bréban, era la seguridad de en-  
contrar en ella uno de sus discípulos, Gontran

de Vergennes, á quien amaba mucho, y solamente  
le veía en el *Banquete de los Doce*.

Había otros comensales interesantes con Ber-  
thier, que era el hombre político; Emilio Meyer,  
pintor, premio de Roma, un israelita célebre por  
las numerosas pinturas murales que había hecho  
en iglesias católicas; Pablo Viguerón, pintor de gé-  
nero, que ganaba un año con otro más de ochenta  
mil francos pintando figurillas en traje español  
ó italiano, ó bien al *dernier chic* parisiense y á la  
moda turca; el músico era un alsaciano, Limman-  
sohn, que representaba la nueva música, tenía mu-  
chas obras inéditas, y manejaba la férula de la crí-  
tica en un periódico importante, en el cual había  
dicho que «Rossini hubiera hecho mejor en pasar  
la vida hilando macarrones», y que Mozart sólo ha-  
bía dejado á la posteridad una obra importante: el  
*Don Juan*; seguían el periodista Olivier Renaud,  
el doctor Gerveix, el banquero Verneuil, el poeta  
Jorge Sariolis, Carlos Dumas, Carlos Vargnier....

Entre todos ellos, Gontran de Vergennes era  
el más íntimo de Miguel Berthier: hombre de  
sociedad y de conversación delicada, rico en  
otro tiempo, había gastado la mayor parte de  
su fortuna en lejanas expediciones, viajando por  
placer y por el ansia de lo desconocido, unas ve-

ces por el polo Norte y otras en busca de las fuentes del Nilo; encantaba á los comensales del *Banquete de los Doce* con sus relatos, fieles como la verdad y fantásticos como el sueño.

Era lo contrario de Luis Dalerac, á quien sólo se oían algunas frases, y frases hechas, insulsas, manoseadas, como las monedas que han circulado mucho; abogado por oficio, apretado en su corbata negra, con aspecto de comparsa en todos los duelos oficiales, aparecía siempre dispuesto á todo; en una misma tarde, por ejemplo, visitaba á cualquier ministro y al jefe de la oposición, y se inclinaba ante los dos enemigos encarnizados con la misma docilidad y la misma sonrisa complaciente.

Los invitados estaban ya á la mesa, después de la hora previamente señalada, cuando Miguel Berthier llegó; un camarero abrió las dos hojas de la puerta del salón ante el nuevo diputado, y al punto resonó un clamor estruendoso, alegre, seguido de exclamaciones y aplausos:

—¡ Es él!

—¡ Aquí está el elegido!

—¡ Hurra por Berthier, representante del pueblo!

—¡ Viva *Su Inviolabilidad* Miguel Berthier!

—Querido amigo—dijo Gontran de Vergennes, mostrando á Berthier el sillón de honor desocupado—he aquí tu puesto; esta noche el *Banquete de los Doce* ratifica la elección del sufragio universal, y yo te cedo mis derechos á la campanilla. En la Cámara serás presidido por Mr. Schneider; pero aquí ¡mil diablos! aquí nos presidirás tú.

—No, no—contestó Miguel alegremente—que estoy muy satisfecho con ser presidido. ¿La campanilla? Hombre, no la cedas, porque es casi un cetro.

—Fuera modestia, que suele ser antifaz de una ambición desmedida—gritó Gontran riendo—y á la mesa, caballeros, que tenemos hambre.

—«¡ Hemos estado á punto de desfallecer!» como dijo Luis XIV—añadió el periodista Renaud—y lo cierto es que, á semejanza del Rey-Sol, nuestro apetito es espantosamente real.

—Por mi parte —dijo Dalerac, inclinándose ante Berthier—hubiera esperado gustoso más tiempo.

Fué preciso que Miguel aceptase la presidencia.

La mesa tenía el aspecto agradable y aperitivo que se observa en casa de Brebant: frutas de vivos colores, copas de fino cristal sobre mantel

blanquísimo, un magnífico centro que representaba la Fama y ostentaba en la banderita de su trompeta el nombre de Berthier, dos canastillas de lozanas flores; un buen golpe de vista, en suma, como decía el *maitre d'hôtel*.

Á los postres, el primer *toast* fué en honor de Miguel, y éste respondió con una improvisación brillantísima en la forma de conversación íntima, verdadera obra maestra de oratoria que encantó á los compañeros.

Dalerac tuvo, desgraciadamente, la pésima idea de pronunciar otro discurso, mientras se tomaba el café, sobre las «Condiciones de una buena organización del sufragio universal en los pueblos libres y en los que no lo son.»

—¿Pero esto es una conferencia?—gritó uno.

—¡Es deplorable!—exclamó el periodista.— ¡Ahoguemos en kumel esta semblanza de provincias! ¡Pronto, pronto!

—¡Aquí hay kumel—añadió otro;—pero no calumniéis á las provincias!

Pero Dalerac continuaba impasible su discurso; era como un chorro de agua fría, un chorro continuo, y se tomó el partido de dejarle hablar y escucharse, mientras el músico Limmausohn preludia en el piano una pieza inédita.

—¡Apuesto á que es de Auber lo que tocas!—dijo alguien con ironía.

—¿Auber? ¡quita allá! No me acuerdo nunca de tal zarzuelista. Ya conoces mis dioses: Wagner y Berlioz.

—¡Oh, Wagner! Es todavía un musiquillo....

Gontran se había levantado, y apartándose con Berthier á una ventana abierta, fumando un habano, comenzó á hablar al diputado de la situación que le creaba la lucha en que había vencido.

Miguel se impresionó al conocer las observaciones y los consejos de Gontran, que coincidían con los de Pedro Menard; el hombre de mundo, escéptico y alegre, y el antiguo representante del pueblo coincidían sin conocerse, en la manera de apreciar los deberes sociales.

—Es un hecho curioso—dijo Miguel á Gontran, después de haberle manifestado la opinión de Menard.

—Es que—respondió Vergennes sonriendo—sólo hay una manera de apreciar bien esa cuestión: ¡la buena!